

## **El jardín de acónitos**

Un ave nocturna pasó justo por encima de mi cabeza emitiendo un estrepitoso sonido que contrastaba con el silencio espectral de la noche. Hacía frío. Mis pasos amortiguados por la negra y húmeda tierra me hacían avanzar por un sendero a través de un sombrío bosque. Las ramas de aquella decrepita arboleda se recortaban sobre un tenue cielo plomizo al igual que retorcidos brazos sometidos a un inefable sufrimiento. Al final del sendero había una verja que daba a un viejo cementerio, la puerta estaba entreabierta. Pasé a su interior.

Ahora el suelo por el que caminaba era de duro y frío cemento, paseaba por las calles del cementerio, calles con nombres de santos. A ambos lados podía ver una multitud de tumbas y panteones, la flor y nata del mundo de los muertos. Al fondo se erigían los nichos, sepulturas dedicadas al descanso eterno de los menos afortunados en vida. Se trataban de sólidas construcciones de ladrillo y cemento a modo de macabros edificios encalados que albergaban los despojos de cientos de personas que probablemente alguna vez caminaron por estas tristes calles preguntándose, tal vez, cuando les llegaría su turno.

Aquí y allá se podía distinguir algún que otro árbol cuyas serpenteantes raíces penetraban en esas pútridas tierras ávidas por alimentarse de los regueros de la propia muerte. Todo era bastante lúgubre, pero lo peor era aquel hedor. La pestilencia de la muerte lo inundaba todo, aquel malsano olor a putrefacción se me clavaba en el pensamiento y parecía querer arrastrarme a la locura.

Una vez pasados los nichos pude observar que al fondo del cementerio había lo que parecía un jardín. No era muy grande pero se podía apreciar que estaba bien cuidado. Había una resplandeciente luna llena por lo que se distinguía bastante bien las flores que allí crecían. Me quedé sorprendido al advertir que solo se cultivaba un tipo de flor,

pequeña, de pétalos color lila que caían a modo de cascada a lo largo del tallo, una flor desconocida para mí.

Un hombre salió de una pequeña construcción de madera en los aledaños de este jardín, que intuí se guardaban los aperos de jardinería necesario para el cuidado de ese insólito vergel, nada más salir me miró con una satírica sonrisa en los labios. Me resultaba complicado calcularle la edad, era alto, moreno, y lucía barba y bigote. Se dirigió al jardín y se afanó con una de las muchas flores que allí medraban.

Me acerqué a él y le pregunté

- Un lugar muy extraño para tener un jardín ¿No le parece?

El jardinero se levantó y se volvió hacia mí. Seguía manteniendo aquella curiosa sonrisa de medio lado.

- No crea – dijo – Esta tierra es ideal para el cultivo de estas flores, tiene muchos nutrientes, ya me entiende.

- Ya – dije – ¿Y esta hora es la más adecuada para estos quehaceres?

- ¿Esta hora es la más adecuada para una visita al cementerio? – preguntó él a su vez sin perder la sonrisa.

- ¿Qué haces tú aquí? – preguntó alguien a mi derecha – ¡Tú no deberías estar aquí!

Me giré y contemplé el semblante grave de mi padre. Me miraba con los ojos muy abiertos, no dando crédito a lo que estaba viendo. El jardinero lo observaba todo con una divertida expresión, parecía estar disfrutando con aquella escena.

- Le estaba esperando D. Manuel – dijo el jardinero dirigiéndose a mi padre - ¿Está usted preparado?

Mi padre miraba al jardinero y a mí como si no entendiera que era lo que yo pintaba en esa extraña y trasnochada reunión, no obstante me ignoró y se dirigió de nuevo al jardinero.

- Nunca se está preparado para esto.

El jardinero se agachó para arrancar una de esas extrañas flores color lila y se dirigió hacia mi padre.

- Aquí tiene usted su acónito – le dijo mientras le ofrecía la flor.

Mi padre la tomó con manos temblorosas y acto seguido, para mi desconcierto, se echó a llorar.

Me despertó el desagradable timbre del teléfono. Sobresaltado cogí el auricular, al otro lado de la línea se encontraba mi hermano, con voz queda me dijo:

- Gabriel, papá ha muerto.

Mi madre me abrazaba con desamparo mientras enterrábamos a mi padre en un flamante ataúd de pino sólido finamente barnizado. Su muerte fue algo inesperado, durante la noche sintió un agudo dolor en el pecho, fue incluso capaz de decir que creía que estaba sufriendo un infarto, no llegó vivo al hospital. Se había jubilado recientemente y no sabía muy bien a que dedicar su tiempo, fue una persona que consagró su vida a la empresa para la que trabajaba. Siempre se lo decíamos “Papa, debes buscarte una afición, debes tener la mente en otras cosas al margen del trabajo”, pero bueno, hay personas que no cambian, quizá porque tampoco supo como hacerlo.

El cementerio me hizo recordar mi sueño, aunque no se parecían en nada. Era curioso, no podía dejar de pensar que la noche antes había tenido un extrañísimo sueño en el que aparecía mi padre, y hoy lo estábamos enterrando, era verdaderamente inquietante, pero había algo más que me desasosegaba, y era la actitud que había tenido mi padre en el sueño. Jamás vi a mi padre llorar, sin embargo, en ese sueño él lloró nada más recibir aquella flor ¿Porqué habría soñado eso? De alguna forma estaba relacionando el sueño con los acontecimientos ocurridos posteriormente, y claro eso no tenía sentido. Me

esforzaba en pensar que mi padre no lloró porque sabía que iba a morir, es más, él lloraría en cualquier caso porque fuese yo quien pensase que él iba a morir, después de todo se trataba de mi sueño. Pero aunque así fuese, nunca pensé que pudiese albergar en mi subconsciente este concepto de mi padre. Mi padre era un hombre valeroso, entregado, pasional, no hacía las cosas a medias, yo lo admiraba, siempre lo admiré, por lo que su actitud en ese sueño, la actitud que mi mente había creado para él me dolía profundamente. Mi padre fue para mi lo que yo quisiera llegar a ser para mi hijo.

Poco después, una vez hubo terminado la ceremonia, fuimos saliendo todos los familiares, amigos y allegados del cementerio, pero en un momento determinado pude distinguir, entre la multitud, algo que me estremeció profundamente, el jardinero de mi sueño, aquel que le dio aquella flor a mi padre estaba allí, mirándome con aquella sonrisa burlona, por unos instantes me quede petrificado incapaz de reaccionar, cuando quise hacerlo había desaparecido. Profundamente alarmado por lo que me había parecido ver, marché corriendo hacia la salida del cementerio, buscando algo que de ningún modo quería encontrar, algo que mi sentido común decía que no podía existir. No lo encontré.

Conducía ensimismado. Faltaba aún una media hora para llegar a casa cuando mi mujer dijo:

- Cariño, ¿quieres que conduzca yo?.

- No Ana, estoy bien, de veras.

No dejaba de pensar en aquel extraño hombre, en el jardinero. Justificaba por un lado el haber soñado con él por ser alguien real, de algún modo relacionado con el cementerio, quizás un empleado municipal, y aquello motivó el que soñara con este individuo, por otro lado justificaba el haberlo visto en el cementerio debido a mi estado anímico tras la

muerte de mi padre, incluso se podían dar ambas circunstancias al unísono. Me empeñé en restarle importancia.

Cuando llegué a casa, lo primero que hice fue abrazar con fuerza a mi hijo, lo necesitaba, ambos lo necesitábamos. Jaime no entendía muy bien mi comportamiento, tenía solo nueve años y que su abuelo hubiese muerto, que no lo volviese a ver era algo que le iba a costar entender.

Poco después delante del ordenador me puse a buscar algo que me rondaba la cabeza. Aquel jardinero en mi sueño le había dado a mi padre una flor llamada acónito, jamás había oído hablar de esa flor, así que me dispuse a buscarla en el Google. Mi sorpresa fue mayúscula al comprobar que efectivamente esa flor existía. Pero ahí no acabaron las sorpresas, después de mucho leer sobre las características botánicas como hábitat, componentes, partes activas y propiedades medicinales, encontré una página en Internet sobre el lenguaje de las flores, y para mi horror averigüé que quien regala una flor de acónito al prójimo, le está deseando la muerte.

No podía entender nada por más vueltas que le daba ¿Cómo podía yo haber tenido ese sueño si, hasta entonces, desconocía todos esos datos?

Pasaron los años pero jamás olvidé ese sueño, nunca lo comenté con nadie, la sola idea de compartir esa experiencia me daba escalofríos. Me atormentaba pensar que soñé con mi padre justo antes de su muerte, como en una macabra profecía. Me atormentaba pensar en las lágrimas derramadas por mi padre al recibir aquel infausto regalo del jardinero, aquel trágico deseo de descanso eterno.

Una noche me sorprendí a mi mismo caminando por un sombrío sendero que había recorrido en sueños muchos años atrás ¿estaría también soñando? No me importaba mucho la respuesta a esta pregunta. Volví a entrar en aquel frío cementerio, a pasear entre las tétricas lápidas apenas iluminadas por los misteriosos fuegos fatuos, a observar

de nuevo aquellos putrefactos arbustos hediondos retorciéndose a la tenue luz de la luna de una noche saturnal. Todo esto lo observaba con cierta calma, sabedor de que ya había estado antes, que ya lo conocía y que no me podía afectar. Pero me equivoqué, al fondo del cementerio pude distinguir, como ya lo hice entonces, el jardín de acónitos, y en él contemplé dos figuras, ambas familiares, cuando me acerqué más me horroricé tanto que creí perder la razón. Junto al jardinero se encontraba mi hijo Jaime.

- ¿Tú qué haces aquí? – pregunté – ¡Tú no tienes que estar aquí!

Toda esta escena, inclusive el eco disonante de mis propias palabras parecían pertenecer a un pasado remoto. Infernal *déjà vu*.

- Le estaba esperando D. Gabriel – dijo el jardinero - ¿Está usted preparado?

Yo no podía dejar de mirar a mi hijo, esto no podía estar sucediendo, la única vez que soñé con este abyecto jardín ocurrió algo doloroso ¿Qué significaba esto? La muerte de un padre es de un dolor desgarrador, pero la de un hijo va además contra la propia ley natural.

- Nunca se está preparado para esto – contesté yo, y una vez más mi voz evocó otro tiempo.

En aquel momento, y como hizo en otra ocasión, se agachó para arrancar una flor de acónito, pero esta vez se dirigió a mi y dijo.

- Aquí tiene usted su acónito

Recogí esa flor con manos temblorosas y rompí a llorar. Lloré de alegría como hace años lo hizo mi padre. Me hizo falta media vida para poder entender que ambos habíamos compartido aquel sueño, aunque él no pudiera contarlo. Media vida para entender sus lágrimas, para comprender por fin que mi padre no lloró por la angustia que le provocaba la certeza de su inminente muerte, sino de alegría por la promesa de la vida de su hijo.